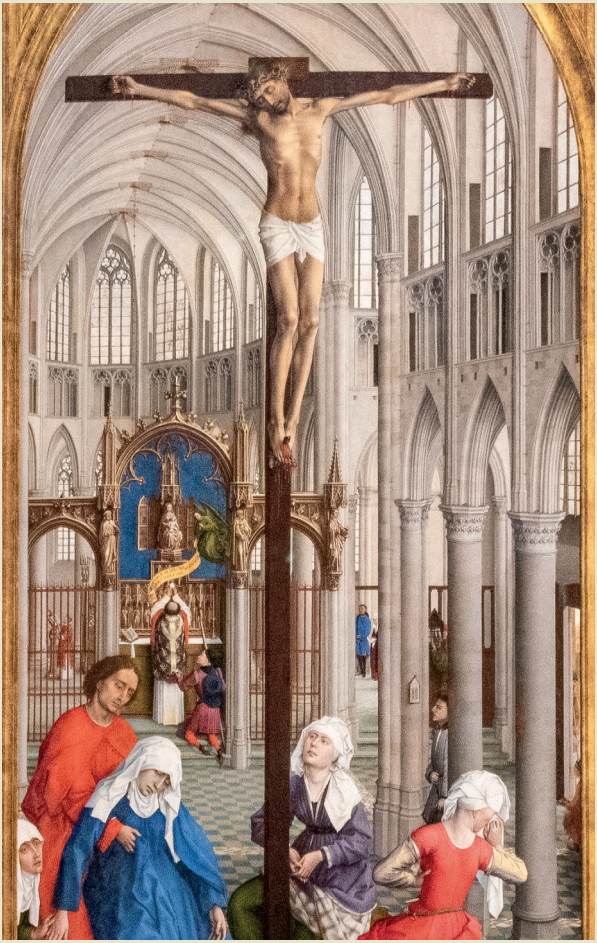
DE LA LITURGIA

GLORIA, CERTEZA Y POESÍA



ENRIQUE SANTAYANA LOZANO C.O.

Rogier van der Weyden,
“Tríptico de los Siete Sacramentos”
Real Museo de Bellas Artes, Amberes.

DE LA LITURGIA

Gloria, certeza y poesía

P. Enrique Santayana Lozano C.O.
de la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri
de Alcalá de Henares

CONGREGACIÓN DEL ORATORIO
DE SAN FELIPE NERI
DE ALCALÁ DE HENARES
2025

INTRODUCCIÓN

El texto que ofrezco a continuación es una brevísima reflexión que me han suscitado unas palabras de Paul Claudel que he leído en Ejercicios Espirituales realizados en los últimos días de diciembre de 2024.

He leído las palabras del literato francés en un libro del Cardenal Gianfranco Ravasi titulado en italiano L'incontro, los Ejercicios Espirituales que predicó a Benedicto XVI del 17 al 24 de febrero de 2013. Alguna de las ideas que aquí expreso están sugeridas en dicho libro.

Ofrezco este texto con la esperanza de que pueda servir —al menos a mí, al releerlo, y a mis hermanos de la Congregación del Oratorio de Alcalá de Henares— a tomar una conciencia más viva de la grandeza de la liturgia que se nos confía, a suscitar entre nosotros una reforma interior para vivirla mejor y a promover una revisión constante de su práctica.

P. Enrique Santayana Lozano C.O.

En el Oratorio de San Felipe Neri
Alcalá de Henares,
1 de enero de 2025
Santa María, Madre de Dios.

I. GLORIA, CERTEZA Y POESÍA
NUMEN Y *LUMEN*

Paul Claudel (1868-1955), que durante unas vísperas en Notre-Dame recibió la luz de la conversión, escribe a un amigo: «La liturgia y la asidua asistencia a las celebraciones de la Iglesia te enseñarán más que los libros. Sumérgete en este inmenso baño de gloria, de certeza, de poesía».

1. Hay que identificar «el baño de gloria» con aquellos elementos que nos hablan de la santidad, de la grandeza, de lo que es totalmente distinto a lo que encontramos en el mundo, en nuestra vida ordinaria y en nuestro propio corazón. Aunque esto hay que matizarlo, porque la creación, el mundo y el alma también reflejan la gloria de Dios. Pero desde luego, no suele ser el elemento más evidente.

2. Hay que identificar el baño de certeza con los elementos de la liturgia que muestran una verdad que se ofrece como certeza de la vida del hombre: las oraciones, las plegarias, las lecturas, la homilía... Todo eso o está o debe estar ordenado a mostrar la verdad, a dar certeza. La homilía en

concreto debe ser un camino hacia la certeza sobre la verdad de Dios, del hombre, del camino espiritual y moral hacia Dios. Cuando digo que debe ser «un camino hacia», quiero decir, que puede tomar los elementos de la experiencia del hombre que nada en la incertidumbre, pero para llevarlo, guiados por la Palabra de Dios, a la certeza, no para quedarse en la mera experiencia humana, en una espiritualidad y una moral inmanente, que parece más tomada de un libro de «autoayuda», que expresión de un camino religioso, es decir, de un camino que nos lleva más allá, a Dios. Dicho esto, hay que subrayar que el contenido de verdad es fundamental para que el hombre pueda experimentar la liturgia como un baño de certeza. (Aquí me viene a la mente otro tema diverso, que habría que tocar en algún momento, la relación entre Escritura y Catecismo en la predicación). De ahí también la necesidad de un constante estudio de la Escritura, de la doctrina... por parte de los sacerdotes, que no pueden dejarse llevar por la primera impresión, por lo que les parece a primera vista, ni por lo que le parece al fulano o al mengano de moda, sino por la verdad sólida.

3. Hay que identificar el baño de belleza con los elementos que hablan del orden entre la santidad y la verdad. El orden entre la santidad y la verdad son el primer elemento de la belleza de la

liturgia. En concreto, diría de este primer elemento que ha de expresar la exuberancia de la verdad y de la santidad de Dios y de su obra: su omnipotencia o su humildad, su justicia o su misericordia, la grandeza de su obra creadora o de su obra redentora, etc.

Quiero poner algún ejemplo para explicar qué quiero decir con eso de la "exuberancia". En la naturaleza encontramos leyes que dan razón de lo que vemos, del ser y del movimiento de lo que vemos. Un gran bosque, por ejemplo, lleno de vida vegetal y animal, responde a un intrincado conjunto de innumerables leyes naturales; seguramente la mayoría de nosotros apenas seremos capaces de identificar unas pocas. Pero lo que se nos ofrece a los ojos es más que un reto a la razón argumentativa, «atrévete a descubrir las leyes que dan razón de todo lo que ves». Es más que eso. Lo que se nos ofrece en lo creado es una provocación a la razón para ir más allá de las leyes que uno es capaz o no de reconocer y terminar por admirarse de esta riqueza de vida, de color, de orden, de movimiento. La obra creada, y también ciertas obras humanas, llegan a ser bellas cuando alcanzan la exuberancia de la verdad. Quizá el término exuberancia no es muy adecuado, pero no sé qué termino usar. Porque la exube-

rancia de la que hablo puede darse en la simplicidad de formas o de número. Por ejemplo, en la simplicidad de forma de una pradera verde, en la simplicidad de un solo lirio florecido. Pero en la creación hay siempre algo más que una expresión de la ley física o biológica, hay algo, una exuberancia en la expresión de esa ley de la naturaleza, que nos reclama admiración, contemplación y nos lleva al deleite.

La liturgia debe expresar también la verdad y la belleza de la verdad y de la santidad de Dios de esta forma «exuberante» que lleva al deleite. Ya digo que el término «exuberancia» puede llevar a equívoco, porque podría parecer que estoy hablando del gusto barroco. Pero no, estoy hablando en general de ese elemento que en simplicidad o en complejidad es capaz de expresar la verdad y la santidad de forma que llama al alma a la admiración y lleva al deleite, al estremecimiento del alma. Hasta aquí quería hablar de ese elemento propio de la belleza de la liturgia, que es el elemento trascendente, el de la verdad y la santidad que Dios ha revelado de sí.

Sin embargo, hay otro elemento, que no es trascendente: el lenguaje humano, el len-

guaje de la música o de la palabra, el lenguaje del canto o de la arquitectura... de todos los elementos que entran a formar parte de la liturgia. Este lenguaje es el otro elemento de la belleza de la liturgia, junto al trascendente. Y, al igual que en la homilía, este segundo aspecto incluye el camino humano hacia la verdad y la santidad de Dios. Es un camino humano, que parte del color, del orden, del sonido, del equilibrio... tanto en los elementos estáticos (la arquitectura, por ejemplo), como en el movimiento de la acción litúrgica (de los ministros y de la asamblea). Pero los elementos "inmanentes" de la belleza no llegarán a ser verdaderamente parte de la belleza de la liturgia, obra de Dios, si no están ordenados a la manifestación de la belleza trascendente o al encuentro con ella. Es decir, no podrán llegar a ser un lenguaje propiamente litúrgico si no están ordenados a expresar la belleza de Dios o a encontrarse con ella. Esto significa que no todos los elementos estéticos que en sí mismos puedan ser bellos tienen el mismo valor para formar parte de la liturgia. Pongamos un ejemplo: en la arquitectura, no vale lo mismo, la arquitectura contemporánea que el gótico. Porque el gótico en sí mismo es un arte humano que apunta a la trascendencia de lo humano. ¿Puede ponerse la arquitectura contemporá-

nea al servicio de la liturgia? Sin duda. Pero hay conceptos arquitectónicos más útiles que otros. Y eso es evidente. Lo mismo pasa con la pintura, con la escultura, con la música, y con todos los elementos artísticos y también con los meramente decorativos. Podemos integrar y usar muchas cosas. Pero no todos tienen para la liturgia cristiana el mismo valor. Debemos usar aquellos que en sí mismos expresen mejor la belleza trascendente o lleven a ella.

Muchas veces, la escasez de medios económicos, culturales o humanos, limita la elección de los elementos estéticos. A veces, sencillamente heredamos una situación y tenemos que lidiar con ella, una iglesia mal construida, por ejemplo. Aún así, hay elementos estéticos que dependen plenamente de nosotros y que, muchas veces, no cuestan dinero. Me refiero a la armonía de los movimientos en la acción litúrgica y a su sobria solemnidad. Me refiero a cosas que pueden ser sencillas, como el simple hecho de cómo poner las flores. Pero sobre todo, a la música y al canto. Aquí tenemos que buscar el equilibrio entre lo que es óptimo y lo que es posible. Y dentro de ese equilibrio debemos dar prioridad a que exprese la verdad y la santidad de Dios, por un lado, al tiempo que sea un camino humano, y todo ello, con la

mayor belleza posible.

En la misma línea de lo dicho por P. Claudel está lo que le decía Jean Guitton a su amigo Pablo VI sobre el ser más íntimo de la liturgia: NUMEN y LUMEN. El numen es lo que nos supera en la manifestación de la gloria de Dios: supera nuestra razón, nuestra voluntad, nuestros sentimientos... El lumen es la luz, la verdad, la certeza, que se hace comprensible a nuestra razón, a lo que nuestra voluntad se puede adherir, lo que puede hacer vibrar las cuerdas más intimas del corazón.

✷ ✷
✷

II. REFORMA ESPIRITUAL CONSTANTE Y REVISIÓN DE LA PRAXIS

Dicho esto sobre la liturgia como baño de gloria, de certeza y de poesía, me gustaría pasar a otra consideración, que me surge de las palabras de Paul Claudel. Y es que creo sinceramente que si hoy el escritor francés entrase a nuestras iglesias, no podría decir esto: «La liturgia y la asidua asis-

tencia a las celebraciones de la Iglesia te enseñarán más que los libros. Sumérgete en este inmenso baño de gloria, de certeza, de poesía».

Ni siquiera podría decirlo después de entrar en los lugares donde más se cuida la liturgia, porque incluso en esos lugares hay algo de impostado, de fingido, hay algo de «falso». Con esto no quiero idealizar la liturgia que Paul Claudel pudo ver y celebrar, ni tampoco quiero tirar por tierra toda la liturgia de nuestros días. Tampoco creo que el punto determinante es que hayamos cambiado los rituales, aunque es indudable que ha influido (podríamos discutir si mucho o poco). A mí lo que me parece más preocupante es que incluso cuando queremos cuidar la liturgia porque entendemos que es esencial, nos encontramos con que hemos perdido **el sentido natural del sobrenatural**. Este me parece el problema más grave: haber perdido el sentido natural del sobrenatural, el sentido inmanente de lo trascendente, el sentido de lo sagrado en medio de lo humano. Este es el motivo por el cual hoy, habitualmente, allí donde se quiere cuidar, tan solo se imposta, se ofrece algo que en gran medida es pura exterioridad, pura apariencia. En muchos lugares, la recuperación del canto gregoriano o del latín, por ejemplo, me parece que solo es una recuperación de una cáscara externa, sin vida. Personalmente creo que sería bueno recuperar lo

uno y lo otro, el latín y el canto gregoriano, dentro de lo que sea posible en cada sitio; sin embargo, antes, mucho antes, es necesario y urgente recuperar ese sentido humano de asombro y de indignidad ante el Dios Absoluto; el sentido de la ternura y de la piedad ante el abajarse de Dios. Cuando el corazón de los que allí son convocados, al menos de unos pocos, se mueva entre la fascinación, el deslumbramiento, incluso el temor, y la piedad, la delicadeza, la ternura, el amor, será el momento en el que todos los signos que hablan de la grandeza, de la trascendencia, del numen, y todos los signos que hablan del orden, de la belleza, de la poesía, de la inteligibilidad, del lumen, adquieran su orden. El hombre tiene que quedar fascinado y, al tiempo, tiene que entender; tiene que verse sobrepasado por algo más grande y, al tiempo, tiene que encontrar un camino humano de verdad, de belleza y de bien, para acercarse a Dios.

Para esta recuperación del sentido interior de lo sagrado, el primer paso es que haya «un maestro», alguien, aunque sea uno solo, del que los demás aprendan: un pobre sacerdote que se estremezca ante las palabras que tiene que pronunciar; o un anciano que siga intentando ponerse de rodillas cuando ya no puede, porque no le cabe en la cabeza no postrarse ante Dios que se le acerca. Pero también ayudaría a esta recuperación del sentido

natural del sobrenatural, a esta recuperación del sentido interior de lo sagrado, pensar en cada gesto y en cada palabra de la liturgia, examinar cómo lo hacemos, e intentar hacerlo siempre mejor.

Por ejemplo, los ritos iniciales y penitenciales, son como el paso que nos introducen a los dos grandes núcleos de la celebración eucarística, pero muchas veces se abrevian para centrarse «en lo que importa», para pasar rápidamente a la Palabra. Curiosamente, lo que importa de la Liturgia de la Palabra no es ya la Palabra de Dios, sino la palabra humana de la homilía. Pongamos, sin embargo, que hay un equilibrio en toda la Liturgia de la Palabra. Aún así, el paso apresurado por los ritos iniciales y penitenciales es como pretender pasar de un salto de lo profano a lo sagrado, sin la preparación interior que requiere lo sagrado. Así, la antífona de entrada que da el tono de la misa que se celebra, el saludo que inicia el diálogo entre Cristo y sus fieles, el acto penitencial con el silencio que requiere para una mínima toma de conciencia del propio pecado... Querer abreviar todo eso, ya de por sí breve en la liturgia romana, no puede sino llevar a que los que se congregan no entren en el sentido propiamente divino de la Palabra que se proclama y de todo lo que sigue. Por eso habría que recuperar la antífona de entrada e intentar que cuando un canto la sustituye, se elija

teniendo a la primera como norma. Habría que intentar dar el tiempo de silencio necesario en el acto penitencial, en no hacerlo todo apresuradamente, e insistir a los fieles en la importancia de no llegar tarde a la Misa.

La necesidad de esta preparación que ofrecen los ritos iniciales está expresada en la misma Palabra de Dios. Por ejemplo cuando en el salmo 24, que parece ser un salmo de ingreso a la liturgia del Templo, requiere la necesidad de una conversión del corazón para atravesar las puertas de la casa de Dios y participar de su liturgia: «¿Quién puede subir al monte del Señor y acceder a su lugar santo? Quien tiene manos inocentes y corazón puro, quien no vuelve su alma a los ídolos, ni jura en vano» (Sal 24,3-4). Dios, como dice Isaías, detesta ofrendas y sacrificios, aleja su mirada de las manos que se levantan en oración pero están llenas de sangre. No puede soportar delito y solemnidad:

> ¿Qué me importa la multitud de vuestros sacrificios? — dice el Señor—. ¡Estoy harto de holocaustos de carneros, y de grasa de animales cebados! La sangre de novillos, corderos y machos cabríos ¡no la quiero! Cuando venís ante mí, ¿quién pide eso de vuestras manos para pisar mis atrios? No traigáis más ofrendas vanas. ¡Abomino el humo del in-

> cienso, de los novilunios, sábados y llamadas a asamblea...! ¡No soporto iniquidad y reunión solemne!
>
> (Is 1,11-13)

Jesús mismo nos invita a una forma de liturgia de ingreso, que es algo más que llegar a la hora en punto para el inicio de la Misa:

> Por lo tanto, si al llevar tu ofrenda al altar recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, vete primero a reconciliarte con tu hermano, y vuelve después para presentar tu ofrenda. Ponte de acuerdo cuanto antes con tu adversario mientras vas de camino con él; no sea que tu adversario te entregue al juez y el juez al alguacil y te metan en la cárcel.
>
> (Mt 5,23-24)

Y san Pablo:

> Así pues, quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Examínese, por tanto, cada uno a sí mismo, y entonces coma del pan y beba del cáliz; porque el que come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propia condenación.
>
> (1 Cor 11,27-29)

«Es con esta premisa indispensable de humildad en la confesión de la culpa como se puede "atravesar" el umbral que conduce a la comunión con el Señor de la justicia y de la verdad, con el "Dios que es luz y en el cual no hay tiniebla alguna" (1Jn 1,5). Desgraciadamente, lo más frecuente es que el acto penitencial sea solo un gesto ritual apresurado que no pasa por el corazón. Marshall McLuhan (1911-1980), gran experto en la comunicación moderna, que había pasado por un camino de conversión, observaba con ironía: "En la Iglesia se entra en silencio y de rodillas. Pero, está la tendencia de subir rápidamente al púlpito"»[1].

Lo dicho acerca de los ritos introductorios de la liturgia pone el énfasis en el camino humano, en los aspectos humanos de quien se acerca a Dios.

He escrito todo esto porque me parece que valdría la pena empeñarse en una renovación constante de la vida litúrgica, primero espiritual, es decir, de actitud del corazón, pero que luego también se implique en un mejor conocimiento de todos sus elementos y en el examen de cómo los ejecuta-

1. GIANFRANCO RAVASI, *L'incontro* (Mondadori, Milano 2013), 38.

mos en la práctica. Todo para que cuando un alma sensible, aunque solo sea una, entre y contemple la liturgia y escuche lo que allí se dice y se canta pueda decir lo de Paul Claudel a su amigo: «La liturgia y la asidua asistencia a las celebraciones de la Iglesia te enseñarán más que los libros. Sumérgete en este inmenso baño de gloria, de certeza, de poesía».

* *
*

«La liturgia y la asidua asistencia a las celebraciones de la Iglesia te enseñarán más que los libros. Sumérgete en este inmenso baño de gloria, de certeza, de poesía»

Paul Claudel

EDITORIAL
SAN FELIPE